

DESDE que Cambó se ha dedicado á propagar el nacionalismo de marca catalana liguera en las distintas nacionalidades ibéricas sometidas al ominoso yugo del Estado español, *La Veu de Catalunya* se adorna y regocija con correspondencias bizkaitarras, galleguistas, extremeñistas, valencianistas, aragonistas, andalucistas, etc., etc. Es una verdadera diversión.

Le llama á Vizcaya Bizkaya, conforme al ritual de la ortografía bizkaitarra, y á Vasconia le llama Euzkadi. Aunque esto de Euzkadi no sea ni haya sido nunca palabra alguna viva en vascuence y si sólo una invención forjada—y con muy poco acierto por cierto—por un *jelkide* metido á filólogo de batalla. Si el andalucismo de marca catalana liguera llegase á fraguar, ya le tendríamos á *La Veu* llamando Zeviya á Sevilla y Granáa á Granada. Pues no hay por qué someterse á la tiránica ortografía española.

La Veu ha adoptado para sus correspondencias de Vasconia la amenísima ortografía bizkaitarresca y gran parte de su divertido vocabulario litúrgico. Y eso merced á que entre los redactores de *La Veu* no debe de haber ninguno que sepa vascuence. Hoy mismo leemos que al difunto D. Víctor Chávarri se le llama Txábarri. ¡Divertidísimo! Ahora sólo falta que á esas pueriles inocentadas del liturgismo bizkaitarresco les pongan música de sardana. ¡La liturgia sobre todo!

Pero un amigo que ha leído ya en correspondencias vascogadas, publicadas en diarios de Madrid, lo de *jelkides* aplicado á los nacionalistas vascos, nos pide que le expliquemos ese vocablo; y como es acaso el más donairoso y chistoso de los muchos forjados por esos humoristas inconscientes que son los bizkaitarras, se lo vamos á explicar. Ea, pues, con los *jelkides*.

Empecemos por el segundo elemento de tal vocablo, por *Kide*. *Kide* en su sufijo, que equivale, en vascuence, poco más ó menos, al griego *filo*, tan en boga en estos tiempos; *kide* sufijado, quiere decir amigo, aficionado, partidario. (La palabra amigo se dice en vascuence: *adiskide*.) *Jelkide* es, pues, amigo, amante, partidario ó aficionado de *Jel*. ¿Y qué es *Jel*?

Jel no es palabra alguna en vascuence, sino sólo un anagrama; así: J. E. L. Como no son palabras R. I. P., ni A. M. D. G., ni I. N. R. I., ni, en francés, L. E. F. ó S. V. P., sino anagramas respectivamente de: *requiescat in pace, ad maiorem Dei gloriam, Iesus Nazareus Rex Iudaeorum, Liberté Egalité Fraternité* y *s'il vous plait*. Del mismo modo *Jel* ó J. E. L. equivale á *Jaungoikoa eta legezararak* (allí escriben *lege* para leer *legue*), ó sea: Dios y leyes viejas.

El antiguo lema vascongado, el de los fueristas de antaño — y lo eran todos los vascongados —, era *Jaungoikoa eta fornac*, ó sea: «Dios y fueros». Pero como la palabra *fornac*, fueros, les pareció pecaminosa por ser de origen latino, ó más bien castellano, la substituyeron los bizkaitarras por esa otra de *legezarra*, ley vieja, que es también... ¡latina! Porque el vocablo vasco *legue*, ley, al igual que *erregue*, rey, no son más que los latinos *lege* y *rege*. Siendo la razón muy obvia, pues antes de la introducción de la cultura latina en mi pueblo vasco no había allí ni ley, ni rey, ni civilización alguna, sino puro salvajismo, del que sacaron á mis remotos abuelos los abuelos de los maquetos. Hasta la voz misma *Jaungoikoa*, el Señor de lo alto, Dios, parece una voz forjada por los misioneros latinos cristianos que evangelizaron el país vasco. Aunque no ha faltado quien haya asegurado que allá, en mi país vasco, se adoró la cruz, el *lauburu* (cuatro cabezas), antes de Cristo. ¡Otra amenidad de inconsciente humorismo!

Jelkide es, pues, el amigo, amante, partidario ó aficionado de *Jel*, ó sea de *Jaungoikoa eta legezararak*, de Dios y de las leyes viejas. Y es algo así como si á los cristianos se les llamase no ya cristófilos ó filócristas — nombre este último que se halla usado en la literatura greco-cristiana —, sino *inrífilos* ó *filinris*, amantes del inri, del I. N. R. I., de Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Es lástima que el lema tradicionalista, ó más bien jaimista, D. P. R., Dios, Patria y Rey, no sea pronunciable por carecer de vocales, pues no cabe llamar á los jaimistas *dprfilos*. Acaso introduciendo la *y* de la conjunción, y dando como anagrama de Dios, Patria y Rey, D. P. Y. R. —ya que en *Jel* figura la conjunción *eta*, y,

para que el lema resulte pronunciable —, se podría llamar á los que lo adoptan *dpyrfilos*. La cosa es divertida.

Ahora bien; de *jelkidadas* como ésta se compone hasta hoy la mayor parte de ese regocijante y pueril movimiento bizkaitarresco hecho de ortografía á base de *k* y de *tx*, de banderas, de boinas diminutas, de aureoscu y de orfeones. Sobre todo, de orfeones.

Y es por el orfeón por lo que se enlaza con el correspondiente movimiento catalán litúrgico, y también orfeónico, el de la *nissaga*, que se reúne en *aplec*. Un *jelkide* es, ante todo y sobre todo, orfeonista, y ello aunque no cante.

Aún no se ha escudriñado lo debido la psicología orfeónica.

En un pueblo incivil, rudo, insolidario; en un pueblo de la meseta central, donde, á falta de argón, según descubrió Pompen Gener, no cabe la armonía civil que surge á la vera del mar latino, un descontento colectivo degenera fácilmente en motín ó en revuelta inarmónica y anárquica. Pero en la tierra de la Bien Plantada no sucede así. Reúnense allí para protestar contra algo, contra un nuevo atropello del Poder central; empiezan á dar mueras y vivas; empuña uno una batuta, la esgrime y blande, y al poco tiempo ya están todos cantando á coro, y rítmicamente, un *visca* cualquiera ó un *bon colp de fals*. Y así, cantando, se les pasa la indignación, y duermen luego satisfechísimos de haber llevado á cabo un acto digno de un *poble mascle*.

Y algo así ocurre también á las veces en mi querida tierra nativa vasca. Todo acaba en *gora Euzkadi!*, «¡arriba Vasconia!», contestado por «¡viva España!» Es la estrofa y la antistrofa. Una mitad del coro responde á la otra mitad. Y acaso los *jelkides* se ponen á cantar el «Guernicaco arbola», aunque no es himno que les haga, por lo que hace á la letra, muy felices. Baste decir que, de las diez y seis palabras de que consta su primera estrofa —la única que generalmente se canta—, seis son latinas. Tienen versos tan terribles como este: *munduan frutua* (en el mundo el fruto), ó este otro: *arbola santua* (árbol santo). Un buen *jelkide* no puede tolerar esto.

Ahora las *jelkidadas* son acogidas con visible regocijo en *La Veu de Catalunya*, y los latinos de la Lliga quieren colaborar á la deslatinización de Euzkadi. ¿Latinos dije? ¿Es que los ligueros son latinos? ¿No son más bien helenos? ¿No son, acaso, como otros quieren, fenicios, esto es: semitas? En todo caso, son orfeónicos. Forman coro y cantan armónicamente, y en *aplec*, al compás de una *cana*, de una vara de medir hábilmente manejada como batuta. Pero no hay que olvidar la liturgia. La liturgia es de la mayor importancia en la *nissaga* de la Ben Plantada.

No sabemos si esa liturgia acabará por ser masónica, con sus estrellas de cinco puntas — creemos que son así las masónicas, de cinco, aunque no estemos muy seguros de ello —, y sus ** y demás garambainas.

Por supuesto, que lo de adoptar la ortografía bizkaitarresca y otras cosas por el estilo, es para que se vea que se enteran. Porque para enterarse, ellos. Los demás no nos enteramos de nada, no sabemos nada.

Y decimos todas estas cosas llenos del más entrañado cariño al país vasco, á nuestro país, á la tierra natal del que escribe estas líneas, y que de nada se enorgullece más que de haber nacido y haberse criado en él, con todas sus raíces, en cuanto sabe, de linaje vasco, y con el mayor cariño al pueblo catalán, que es donde ha encontrado oídos y corazones del alma más abiertos á sus palabras, donde ha encontrado más calor de comprensión y de humanidad. Y es ese doble cariño el que nos lleva, después de divertirtirnos un rato con esas puerilidades, á lamentarlas, cuando hay tanta cosa seria en que ahondar. Que no están los tiempos para ortografías y liturgias y orfeones y banderas y esperantos regionales, ó nacionales si se quiere. No están los tiempos para reñir batallas por el calañé ó la montera ó la boina ó la barretina, sean materiales, sean espirituales. Todo eso será, á lo sumo, y si á ello llega, accesorio de arte. Lo que habría que oír es lo que diría D. Víctor Chávarri, aquel hombre recio, uno de los mayores forjadores de la Vizcaya de hoy, si, incorporándose en su tumba, se enterara de que en *La Veu de Catalunya* se le ha llamado Txábarri. ¡Qué reniegos de ultratumba! no dispararía por aquella su boca! — Miguel de Unamuno.

JUEGOS FLORALES DE SEVILLA



SRTA. RAMONA RODRIGUEZ Y SERRANO
DE LA BORBOLLA Fot. P. Romero
Reina de los Juegos Florales celebrados en Sevilla